

Las miserias del concepto de clase en la tradición fundacional weberiano-marxiana: el déficit de secularización.

Marcelo Gómez.

Cita:

Marcelo Gómez (2015). *Las miserias del concepto de clase en la tradición fundacional weberiano-marxiana: el déficit de secularización*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/418>

Las miserias del concepto de clase en la tradición fundacional weberiano-marxiana: el déficit de secularización

Marcelo Gómez – UNQ, UBA – mgomez@unq.edu.ar

Resumen

En las últimas décadas la sociología se ha visto seriamente jaqueada por el desgaste y pérdida de centralidad de una de sus categorías analíticas fundantes: clase social. Las tradiciones académicas de nuestra disciplina han erigido un edificio conceptual en torno a los textos legados de Marx y Weber sobre este concepto, a pesar de que los padres fundadores nunca ofrecieron una indagación sistemática ni siquiera extensa sobre el tema. Las distintas corrientes sociológicas que tienden a modelizar las contribuciones de los padres fundadores arrastran y multiplican los déficits y contradicciones que hallamos en los orígenes de este concepto. En esta ponencia vamos a enfatizar uno de ellos: las supervivencias o rémoras premodernas del tratamiento que recibe el concepto de clase en ambos junto con las ambigüedades y la tensión irresuelta a que dan lugar construcciones conceptuales y epistemológicas defectuosamente secularizadas, es decir, que apelan a instancias explicativas “extrasociales” cuya inteligibilidad se resuelve *ex ante* la acción y la práctica humana. La pervivencia de esquemas insuficientemente secularizados termina, por un lado, volviendo aporética o autocontradictoria la noción marxiana-weberiana de clase y, por otro, le quita especificidad al concepto al no terminar de separarlo de estamentos o castas.

Palabras clave: clase social – teoría social – Marx – Weber - antagonismo

INTRODUCCION

En las últimas tres décadas las ciencias sociales en general, pero especialmente la sociología, han estado arrastrando el "cadáver moribundo" de una de sus categorías analíticas fundantes: clase social. Luego de iluminar el cielo del pensamiento social y convertirse en la clave de comprensión de la sociedad capitalista moderna, el análisis de clases entró en un oscuro eclipse primero y en una lenta agonía después. Desde las diferencias de género (Engels afirmando que la mujer es el proletario del hogar capitalista y el hombre es el burgués del hogar) hasta las preferencias políticas, desde el ascenso del nazismo hasta las grandes revoluciones del siglo XX todo tenía un trasfondo de clase, y nada podía explicarse a espaldas de ella. Pero a partir de los años '70 las discusiones sobre la evolución del “capitalismo avanzado” y las particularidades de las sociedades del Tercer Mundo la sometieron a una serie de desmentidas históricas y empíricas¹. Sin embargo, es claro que desdibujada, vilipendiada, despreciada, pocos se

¹ La despolarización de la estructura social con la emergencia de las “nuevas clases medias”, la reorganización de los procesos de producción y trabajo (posfordismo), la primacía de los servicios y el conocimiento en la nueva economía (posindustrialismo) y el renovado peso de fuentes identitarias alternativas al trabajo (posmodernismo) junto con el llamado desclasamiento del voto y las preferencias

atreven a extenderle el certificado de defunción. No hay quien se atreva a negar que la sociedad capitalista contemporánea sea una sociedad de clases, es más, parece haber un consenso acerca del incremento notable de las desigualdades socioeconómicas en los últimos años, dando lugar a la notable paradoja de la crisis de un concepto y el auge de su objeto.

Si la sociología es la ciencia del lazo social y estudia los principios que ordenan la diferencia y el antagonismo, la clase es un concepto fundante, distintivo y viga maestra del análisis sociológico (Milliband, 1994: 418 y ss; Bottomore y Nisbet, 1988) y su debilitamiento fatalmente incide en una pérdida de consistencia disciplinar y de especificidad que invita a la invasión de otros recortes analíticos. Demografía, antropología, ciencias políticas, economía del mercado laboral, saturan y tienden a desenclasar la problemática de la desigualdad. La pérdida de “voz” sociológica, la afonía de la sociología nos hace revisar y repensar al concepto desde sus orígenes, fundamentos, raíces teóricas, contradicciones y paradojas que lo carcomen y las debilidades epistemológicas subyacentes, a los efectos de sanear las bases de su rescate teórico. En esta ponencia vamos a indagar de manera sin dudas esquemática y apenas indicativa² la trama irresuelta de la modernidad de sus orígenes y la precariedad de algunas de sus premisas fundacionales. No se trata de hacer exégesis nuevas de los textos conocidos de los padres fundadores sino de señalar las inconsistencias e insuficiencias de origen que persisten y se agravan en las sistematizaciones y modelizaciones que exhibe la teoría social contemporánea.

AMBIGUEDADES DE ORIGEN

El origen de la visión clasista de la sociedad moderna, posfeudal y posabsolutista, parte de la certeza de la ausencia de un criterio suprasocial de orden. Luego de las revoluciones americana y francesa, las jerarquías en la forma de privilegios como ordenadores de las relaciones sociales y demarcadores de grupos, ya no pueden extraerse de tradiciones o creencias, ni mucho menos de la consanguinidad, de títulos nobiliarios ni de la providencia divina. Ahora las jerarquías, el orden de diferencias, debe verse como producido por la misma interacción entre los hombres. En términos hegelianos las diferencias ya no son dadas sino puestas, en términos de la sociología funcionalista, ya no son adscriptivos sino adquisitivos los atributos que ordenan y

políticas e ideológicas, entre otros fenómenos, llevaron a la sucesión ininterrumpida de atenuaciones, relativizaciones y reformulaciones del concepto. Ver sobre todo Lee y Turner (1996), Pakulski (2007) y las muertes del concepto de clase en Gómez (2014b: 69 y ss).

² Un desarrollo de la discusión que va más allá de la teoría social clásica puede verse en Gómez (2014a).

diferencian: la propiedad económica como nuevo ordenador secular y terrenal de las diferenciaciones. En esto consiste la modernidad de la visión de la sociedad en términos de clases. Marx, y también Saint Simon y Proudhon entre otros, daban cuenta de un nuevo principio organizador de las diferencias, un principio de jerarquía y de agrupamiento completamente distinto al de los estamentos aristocráticos³.

Hay pocas dudas de que las primeras reflexiones sobre el orden y las jerarquías sociales en la naciente sociedad burguesa estaban bajo la órbita de esta dicotomía (clase-modernidad burguesa vs. estamento-tradicionalismo aristocrático). Sin embargo, pronto se veía que el concepto de clase quedaría enmarcado de dos maneras bastante diferentes en la forma de resolver la ruptura con la sociedad del *ancien régime*. Por un lado, el pensamiento crítico radical sea más revolucionario (Marx) o más reformista (Saint Simon) y, por otro, el pensamiento conservador sea más liberal (Tocqueville) o más reaccionario (Burke). La visión conservadora de la sociedad de clases tiene su más clara expresión en A. de Tocqueville (2004: 150 y ss) que veía el caos de la lucha por los estatus y las estratificaciones cambiantes, la completa inestabilidad y la precariedad de las pautas de diferenciación jerárquica, su tendencia a la individualización, y su naturaleza emulativa y competitiva. La misma pérdida de visibilidad, fijeza y rigidez de las barreras entre jerarquías, la movilidad de las distancias sociales, la completa inseguridad de la propia posición relativa frente al resto genera lo que podríamos llamar la deriva “estrato-estatus” del concepto de clase. Una sociedad que no admite diferenciaciones fijas e irreversibles está condenada a la dispersión de intentos de ascenso y ampliación de las diferencias de jerarquía, cualquiera sean estas. La sociedad burguesa clasista era vista en la lente conservadora como una expresión del libre dar rienda suelta individual a la “pasión por la igualdad” (igualdad emulativa con los de arriba siempre acompañada del efecto inverso de escapar a la cercanía con los de abajo) que hacía imposible cualquier orden de posiciones duraderas. La libre búsqueda de la igualdad y la igualdad en la búsqueda libre de diferencias es el marco de comprensión liberal conservadora de la sociedad clasista moderna.

Por otro lado, anarquistas, socialistas y comunistas sostienen una visión muy distinta: la sociedad de clases consagra diferencias tajantes, barreras cada vez más firmes y colectividades enfrentadas de manera inevitable. Las asimetrías de la sociedad burguesa

³ Marx, apartándose de lo que plantearía en el Manifiesto, ya en 1845 era plenamente conciente de la especificidad del principio de diferenciación clasista y su diferencia con el estamental. Según esto los señores feudales no serían una clase. Ver Marx y Engels (1971: 89).

cambian de fuentes y de origen (ya no la providencia divina si no la propiedad de los medios de producción) pero no de carácter ni de medida. En este sentido las clases son vistas como grupos fijos, estables, bien definidos, bien separados, y crudamente enfrentados. En esta visión de la modernidad, el concepto de clase está asociado a una deriva "cierre-polarización". Las clases serían como estamentos "modernos", colectivos sólidos y nítidos, definidos sobre bases materiales y enfrentados entre sí.

De acuerdo a Nisbet (1979: 11) el modelo de "clase" que tenían en mente los pensadores del siglo XIX era curiosamente el último vestigio exitoso del orden aristocrático perimido: los terratenientes ingleses, que se suponía iban a terminar de ser reemplazados por los industriales. El secreto atractivo residía en que su poder colectivo ya no estaba atado a privilegio o ventaja política, legal o religiosa, sino a su propiedad económica, y que mediante ésta habían logrado representación política, control administrativo y de la fuerza armada, la iglesia y la cultura. El "gentleman" condensaba propiedad, poder y prestigio. Había homogeneidad, consistencia económica, política y educativa, y una férrea transmisión hereditaria que permitía perpetuarse sin diluirse. Este grupo poseía un atributo conceptual que la noción de clase siempre ambicionó: era capaz de moldear la sociedad y por tanto era agente de cambio social. Según Nisbet, Marx tiende a volcar sobre el concepto de clase las características heredadas de los terratenientes victorianos y las proyecta en la nueva clase dominante ascendente: la burguesía industrial. Si esta lectura de los orígenes de la noción de clase es correcta, entonces "clase" aparece revestida con la misma forma, similar morfología que estamento, pero con otro contenido sociológico, otro material histórico. Lo moderno sería este contenido de fuerzas productivas en expansión y relaciones de producción fabriles, nuevas ideas de progreso y libertad individual, etc. pero su consumación en sistema de diferencias se realiza en un formato social semejante a los viejos y tradicionales grupos jerárquicos: cerrados, estables, omnipotentes. La mezcla estamental tradicional victoriana con ascenso burgués es la que permite construir la imagen de una clase burguesa robusta y consolidada que combina jerarquía cerrada con capital. Las clases se diferencian de los estamentos más por el contenido que por la forma social. La promesa de ruptura secularizadora de la comprensión clasista de las diferencias sociales queda parcialmente efectivizada o trunca.

Así, la conceptualización de clase se debate entre clase-estrato abierta y clase-estamento cerrada desde la gestación misma de la sociología. Lo llamativo es que la fisonomía moderna y secularizante del concepto quede del lado conservador: la forma abierta

clase-estrato se contraponen más nítidamente al estamento mientras la forma cerrada y polarizada de clase conserva secretos lazos con las pasadas jerarquías estamentales.

Los que propugnaban un socialismo científico creían encontrar en la nueva sociedad un orden legaliforme firme con bases bien establecidas (leyes económicas o de la acumulación) capaces de imponer tanto formas tajantes de diferenciación social como un destino de lucha y cambio histórico. Pero al hacer esto, es decir, deducir las diferencias sociales y las inclinaciones políticas de fuerzas económicas e imperativos históricos, repetían una determinación de las diferencias sociales desde una exterioridad explicativa. En sentido análogo a cómo la providencia determinaba imperativa e ineluctablemente las diferencias estamentales, los dictados de las leyes del valor y la acumulación colocaban a los individuos en distintas clases.

Desde este punto de vista el pensamiento conservador ve con ojos más secularizados la sociedad capitalista que aquellos con los que miraban los pensadores más radicales. Mientras los conservadores caían en un escepticismo melancólico, veían en el caos del revoltijo de intereses y ambiciones nada más que hombres, terrenalidad pura carente de toda gracia y trascendencia. A la inversa, entre los críticos radicales al orden burgués, la confianza en las leyes de la historia y la economía los hacía caer en un optimismo donde los hombres se erigían en portadores de fuerzas descomunales que los enaltecían y dignificaban.

LEGADOS COMPLICADOS DE MARX Y WEBER

Está convertido en uso y costumbre consagrada colocar a Marx y Weber como exponentes de tradiciones teóricas enfrentadas. Pero si nos detenemos en las tensiones presentes dentro del pensamiento de cada uno de ellos, podemos atisbar un panorama distinto.

Los posibles problemas de secularización del concepto tienen en Marx dos fuentes. Por un lado, el uso inaugural del concepto *Klasse* en Marx en la Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel (Marx, 1978) en 1843, luego de tomar contacto con militantes obreros franceses y alemanes trabajando con Arnold Ruge en París y claramente influido por las referencias al proletariado de Blanc y de Saint Simon, muestra un concepto de clase con una enorme carga normativa: el trabajo directo y concreto de los desposeídos se asocia al destino histórico de la emancipación humana. La clase con "cadenas radicales" tiene a su cargo la emancipación de la humanidad misma. La potencia inusitada del texto de Marx (que luego llegaría a su punto culminante con el Manifiesto Comunista) producirá con el tiempo un cambio definitivo

en los usos del lenguaje: hasta ese momento proletario se usaba más como adjetivo, ahora asumía el papel de un sustantivo que designa un agente histórico decisivo (Furbank, 2005: 84). Lo que era una nueva forma de hablar, una modernización del lenguaje para dar cuenta de nuevas realidades, se convierte en una idea - fuerza, centro de una concepción del cambio histórico. Pero *Klasse* como centro de una odisea humana poseía claras connotaciones heredadas del viejo *Stand* ("estado" o estamento, sobre el que todavía reflexionaba Hegel). El aura finalista y normativa cambiaba completamente de contenido pero seguía guardando su forma.

Por otro lado, el Marx "economista" de muchas de sus obras mayores, que deja trunco apenas empezado capítulo LII del *Capital*, donde termina planteando la "personificación" del Capital y del Trabajo bajo el supuesto que los fundamentos de la diferenciación social se inscriben en "leyes de hierro" intramundanas revestidas de legitimidad "científica" por las cuales los hombres se diferencian y antagonizan al compás de unos procesos objetivos que los preexisten. Lo importante de la historia es lo que los hombres están forzados a hacer por "las condiciones objetivas independientes de su voluntad". La lógica de esta forma de inteligibilidad de lo social conserva una creencia en imperativos que rigen a espaldas de los hombres y se sustraen al alcance de sus acciones. Es este elemento de la episteme marxista al que hay que discutir en términos de secularización del concepto de clase. Estas ideas, sin embargo, no por ser las más divulgadas dentro de la tradición marxista y las más influyentes en la sociología académica, fueron las únicas ni las más importantes o valiosas. Dentro mismo de los textos de Marx se han encontrado múltiples puntos de vista alternativos, que apuntan en una dirección opuesta⁴. Atraviesa la obra marxiana una dualidad: la primacía como clave del cambio social e histórico vacila entre las estructuras inmanentes del modo de producción y la contingencia de la lucha de clases. Es este último énfasis en la lucha de clases el que contiene un poderoso vector secularizador o, al menos, un antídoto contra las rémoras trascendentalistas. A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas

⁴ Como aclara el no por viejo menos imprescindible trabajo de Ossowsky (1969), la originalidad del marxismo viene de su carácter de "síntesis exorbitante", que combina de manera inigualable múltiples campos del saber de la época (sociología, economía, filosofía, historia), elementos ético-normativos y fines revolucionarios con explicaciones positivistas de leyes de desarrollo histórico, tradiciones intelectuales europeas inglesas, germanas y francesas, coyunturas puntuales y procesos de largo plazo. Se podría observar que la potencia y riqueza de posibilidades teóricas es inversamente proporcional a la posibilidad de consistencia interna u organicidad conceptual.

desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos aparecen largamente analizados procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma bastante alejado de la vulgata marxista de teorización de lo social: "Las clases se constituyen en la lucha". Pero aun antes de estos trabajos y del mismo Manifiesto Comunista, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida⁵, mostrando que es un vector permanente de los intentos de teorización marxiana. Si se presta atención aún en la clásica cita de la Miseria de la Filosofía de 1847 (Marx, 1975: 68) vemos el papel constitutivo de la lucha. Sin dudas el esquema "en sí/para sí" se arriesga a reducir la lucha a mediación necesaria prestándose a las prestidigitaciones teleológicas y transhistóricas que tan bien han denunciado Laclau y el posmarxismo. Pero, aun así, es elocuente el hiato que separa "determinación estructural" y "lucha". La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Solo la segunda permite la "sustancialización" de la clase. En este punto, es muy clara la centralidad conceptual de la lucha de clases.

Los textos clásicos de Weber también están atravesados por duplicidades no resueltas respecto a su secularidad, aunque en un sentido completamente diferente a las que detectamos en Marx. En la clásica referencia de Weber (1972, 1974) "clase" es conceptualizada como situación de mercado compartida. Se comienza por definir "situación de clase" como "conjunto de probabilidades típicas" de provisión de bienes, acceso a posiciones y destino personal. (Weber, 1974, tomo 1: 242). Pero Weber, como Marx, es plenamente consciente de que "derivar" clase de distribuciones económicas termina con la posibilidad de asignarle algún tipo de consistencia interna y un papel socialmente activo. El problema es cómo hacer para que estos agregados lleguen a cumplir algún papel explicativo social y políticamente relevante. Este problema se ve reflejado en el absurdo salto conceptual que pega Weber cuando enumera los tipos de grupos humanos que conforman clases: propietarias (rentistas y arrendatarios, deudores y acreedores, etc.), lucrativas (típicamente capitalistas y obreros) y... ¡"sociales"! (basadas en el "intercambio personal y entre generaciones") delatando que las primeras

⁵ "Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...]"(Marx y Engels, 1971: 60/61).

dos serían ...¿clases "económicas" y no sociales?! La conceptualización weberiana empieza a navegar vacilante entre dos tendencias de desarrollo: 1) Por un lado, mientras Marx contrarresta las coerciones disolventes de la acumulación con el carácter constitutivo del conflicto, Weber intenta corregir este riesgo convocando a "lo social" principalmente en las formas suaves del estatus, los modos de vida, la cultura, etc. y a "lo político", a través de las organizaciones que luchan por el poder. La idea weberiana de "clase" recupera cierta importancia luego de haber sido "estamentalizada" (modos de vida comunes, estilos, cultura, etc.) y "partidizada" (organizada para ejercer poder) a través del recurso al factor de la continuidad intergeneracional en el tiempo, el *connubium*, la comensalidad, compartir estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses, es decir, la clase se convierte en "clase social" a medida que se aleja del mercado. La fuerte presencia de los criterios estamentales muestra explícitamente que en el esquema weberiano hay elementos premodernos a los que sigue asignando eficacia. 2) Pero apenas nos detenemos un poco más en los textos vemos que la noción misma de "mercado" es vacilante e irresuelta. Por un lado, explícitamente recupera la definición desde la economía marginalista entonces en boga, y aparece como instancia de asignación de valor que tiene su propio plano de inteligibilidad y que es típicamente exterior a las acciones de los hombres. El mercado sería el distribuidor de "poder económico" y con ello de "situaciones de clase" e intereses comunes. La noción de "oportunidades de vida" como descriptor de clase es escandalosamente economicista y desembozadamente "utilitarista". Las oportunidades están definidas previa e independientemente de las acciones de los individuos a través de los mecanismos de fijación de precios en el mercado. Sin embargo, si se presta atención minuciosa al texto hay expresiones que no encajan en este esquema general de mercado como pacífica lógica distribuidora de oportunidades. Por ejemplo: por un lado acepta "la distribución del poder de posesión en competencia e intercambio regidos por la ley de utilidad marginal" pero a continuación agrega algo mucho más propio de su estilo sociológico y sobre todo de su sociología económica: "... que tiende al monopolio y por la ventaja o desventaja en lucha de precios, de acuerdo a la obligación de tener que vender o intercambiar bajo la amenaza de comprometer la subsistencia o el patrimonio". Claramente el mercado incluye un elemento coercitivo fuerte, una amenaza a la subsistencia o al patrimonio que no son simplemente "elecciones" o preferencias de agentes y evaluaciones de costo y beneficio. Con fuerza retórica afirma que esta coerción "es la que permite transformar la fortuna en capital" en tanto el despojo de los

medios de trabajo y de otras fuentes de ingresos permite a los capitalistas disponer de mano de obra. Según esto, lo fundamental del mercado no sería fijar precios en un marco de libertad de decisiones, sino justamente lo contrario: a través del mercado se obliga a unos a hacer algo que de otro modo no querrían. Si la primera formulación marginalista conserva su propio plano de inteligibilidad de autorregulación de cantidades y precios, alimenta el carácter defectuosamente secularizador de la noción de clase, esta segunda es mucho más apegada a las acciones humanas y por tanto surge como líneas de posibles desarrollos secularizadores. Hay entonces en Weber una tensión entre el planteo del mercado como formas presociales (leyes marginalistas del mercado) de asignación de valores diferenciales a posesiones y un planteo del mercado como campo de acciones monopólicas y de uso de poderes de disposición que fuerzan o coaccionan conductas de otros fuera de toda ley de utilidades marginales⁶. Si uno repasa la obra de historia y sociología económica, Weber está a años luz de la ingenua versión "naturalista" de los mercados como árbitros neutrales pacíficos y eficientes.

LAS INCONSISTENCIAS DE LA AXIOMÁTICA FUNDACIONAL

Los procesos de "modelización" teórica posteriores tanto de Marx como de Weber tendieron a negar la tensión y las contradicciones de los textos⁷ y en vez de desarrollar la teoría a partir de ellas, optaron por disfrazarlas con axiomáticas simplificadoras.

En el caso del marxismo, ni siquiera Engels retomó el intento trunco de Marx de hacer una teoría de las clases orgánica a la analítica del Capital. Fueron primero Kautsky (1969 y 2000) con la supervisión de Engels, de un lado, y el marxismo soviético

⁶ En el mercado la legitimidad (aceptación del valor fijado de un bien) depende de la igualdad de reglas, de la garantía de libre disposición (propiedad privada) y de la habilidad en la negociación (el contrato). El valor en su forma mercantil del precio es un resultado anónimo y cómo tal tiende a ser inapelable. Sin embargo, los grupos cuando actúan como clases en el mercado empiezan por cómo incrementar la fuerza relativa de negociación y la respuesta es que intentan todo tipo de acciones para sesgar a su favor las reglas (política, lobby, etc.) y condicionar coercitivamente la libre disposición de la contraparte (no dejarle alternativas, monopolio, monopsonio, etc.). En definitiva, el contrato que es la relación social pacífica fundamental de la institución mercado, es el resultado de una serie de acciones que atentan contra el mercado y el libre intercambio bajo reglas de igualdad. Esto significa que los determinantes fundamentales del mercado en realidad casi siempre son extraeconómicos: la fuerza militar, política, la influencia, el prestigio, el acceso privilegiado a información, etc. A nadie le interesa realmente una autoregulación de cantidades y precios, preferencias y esfuerzos, de acuerdo a reglas dictadas por la...¡matemática! Pero sin dudas, la matemática es una excelente pantalla de justificaciones para desarrollar todo tipo de acciones que so pretexto la igualdad de reglas y so pretexto la libre disposición maximiza el poder de los que ya lo tienen.

⁷ Hay que recordar una vez más que Marx no llegó siquiera a terminar el capítulo de El Capital sobre el tema y lo que se ha publicado de Weber no eran más que papeles de trabajo ordenados por los editores con criterios dudosos. En definitiva, los padres fundadores no llegaron a pensar la cuestión de las clases de manera directa y sistemática. La sociología académica ha tratado de convertir estos retazos heredados, este material de rezago del trabajo de dos genios, en los pilares de un proyecto de comprensión de la sociedad.

después (Lenin, Plejanov, la Academia de Ciencias de la URSS, los sistematizadores del materialismo histórico como Makarov y otros (1965)) los que intentaron depurar los escritos de Marx de toda tensión para subordinarlos a las exigencias de la lucha política socialdemócrata o la construcción bolchevique del socialismo. Los primeros textos marxistas sistemáticos sobre las clases a partir de los cuales el marxismo entra al mundo académico y científico no son los textos dispersos de Marx, muchos ni siquiera publicados o accesibles, sino estas elaboraciones simplificantes⁸ centradas en el par determinante: relaciones de producción/fuerzas productivas. En la segunda mitad del siglo pasado el estudio más completo de la obra total de Marx (en especial sus escritos de juventud), su publicación y difusión, permitió diversificar las claves de lectura y el eje de la lucha de clases recuperó importancia analítica en algunas expresiones del marxismo. Las corrientes del marxismo tendencialmente tienden a reproducir la duplicidad teórica, no sin amplias variaciones: el estructuralismo, la escuela lógica del capital, por Ej. han sostenido renovada la vertiente centrada en conceptos como modo de producción y los historiadores marxistas ingleses, el marxismo gramsciano, el maoísmo, los frankfurtianos han cultivado otras dimensiones de la herencia marxiana como la lucha social, la hegemonía, la conciencia, etc.

No es muy diferente lo ocurrido con el legado de Weber. La modelización simplificadora no provino de su inscripción política sino científico-académica, operada por Parsons, verdadero importador de los conceptos weberianos de la teoría de la acción y su retraducción y asimilación a un esquema funcionalista y sistémico. Junto con Tumin, Bendix, Lipset y otros contribuyeron a reducir el problema de las diferencias sociales a distribuciones de recompensas reguladas por mercados, y a una lucha competitiva por “prestigio” completamente descolectivizada.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo y las variaciones en el marxismo y la sociología occidental, ambos legados comenzaron a converger hacia una suerte de matriz común que llamaremos programática marxistizadora/weberizadora⁹ que constituyen el *mainstream* general académico de la teorización sobre las clases.

Lo que hemos llamado el "proyecto clásico o fundacional" de inteligibilidad de lo social oscilará entre la lectura weberiana de Marx (alivianar la determinación estructural con el

⁸ Ver sobre todo los señalamientos de Przeworsky (1988: 62) sobre la importancia de Kautsky en este punto.

⁹ Sobre una modelización del análisis de clase basado en el cruce entre ambos enfoques puede verse desde Dahrendorf (1979) a Giddens (1979) entre los más weberianos, y de Val Burris (1995), Van Parijs (1995) y el mismo Wright (1996 y 2005) entre los provenientes del marxismo.

concurso de otros niveles de análisis culturales y políticos) y la marxiana de Weber (endurecer los factores objetivos y el antagonismo). Veamos las bases de esta matriz unificada que por supuesto cada teórico condimenta y mezcla a su manera. El núcleo común que conforma el alcance de la categoría "clase" tiene tres condiciones axiomáticas: - designa ciertos colectivos formalmente "abiertos" (los individuos pueden entrar y salir de ellos, la pertenencia no es prescriptiva) de gran escala y de fisonomía o morfología homogéneas;

- están consolidados detrás de fronteras "invisibles" trazadas por mecanismos fácticos (mercado, acumulación de capital) que vienen dados por "relaciones impersonales" o anónimas de carácter coercitivo, relaciones sociales forzadas por la "objetividad" de distribuciones diferenciales de determinados recursos o bienes;

- donde los atributos y comportamientos de estos colectivos y sus miembros responden a uno o varios criterios (propiedad, cultura, poder) que los hace potencialmente privilegiados a la hora de explicar el cambio social e histórico.

Estas propiedades formales conforman una suerte de programática establecida por las tradiciones intelectuales y académicas que erigieron a Marx y a Weber como sus padres fundadores. La decadencia teórica de la clase no hay que buscarla en la crisis del marxismo o en las degeneraciones funcionalistas del weberismo, sino más radicalmente en las notorias contradicciones entre las propiedades formales que postula la programática fundacional donde convergen ambas tradiciones. La inconsistencia entre las premisas hace resaltar cómo se sigue arrastrando un déficit de secularización del concepto de clase. La axiomática "clásica" de las clases lleva a tres notorias contradicciones entre sus premisas, que se suponen esenciales o requisitos formales de las clases como categoría teórica de análisis de lo social:

a) Lo primero que golpea los ojos es la evidente incongruencia de "grupo formalmente abierto pero fácticamente cerrado". Marx y Weber consagraban la reproducción monótona y acelerada de las diferencias (concentración de la propiedad, "tendencia al monopolio", etc.) entre grupos, especialmente de los grupos superiores. La problemática clásica tiende a excluir la cuestión de la movilidad social que termina siendo rehén de la sociología de la estratificación norteamericanizante que se encargó de atenuar el componente de "cierre fáctico" para hacer su apología de la sociedad "abierta".

b) Si las clases son colectivos producidos por efectos distributivos "forzados objetivamente", no podrían constituir colectivos efectivamente abiertos y si se mantiene que son colectivos abiertos, no tendría sentido explicarlos por distribuciones forzadas

por criterios objetivos. La cualidad de que las clases no pueden ser fijas es el atributo que ni más ni menos las diferencia de otros modos de diferenciación social como las castas y los estamentos. La contradicción entre apertura y coerción estructural pone una disyunción: si las clases implican movilidad efectiva, no puede haber coerción objetiva, y si las clases son producto de la coerción objetiva no puede haber movilidad entre las mismas.

c) Si las clases son colectivos potencialmente privilegiados para explicar la política, la cultura y el cambio, entonces en algún punto inciden sobre las fuerzas objetivas como determinantes y así estas fuerzas dejan de ser "objetivamente" determinantes, ya que estarían sometidas a lo determinado. Si las clases son elementos históricos activos, no pueden ser objeto de explicaciones basadas en objetividades extra históricas o presociales (leyes de la acumulación, evolución de las fuerzas productivas, del mercado, etc.) y si son explicadas por fuerzas objetivas presociales, no pueden ser elementos históricos activos.

d) *Last but not least*, lo que podríamos llamar la gran aporía del concepto "autofundamentado". Entre los atributos generales o propiedades formales del concepto está el que promete toda su productividad explicativa y científica, a saber, el criterio de "relevancia": las diferencias "clasistas" son fundamentales para la explicación del cambio y el orden social. Justamente la importancia del estudio de las diferencias obedece estrictamente a este punto: la vida social depende de ellas. Pero detrás de esta "obviedad sociológica" se esconde un brutal pleonasma, lo que explica está incluido en lo explicado. La denotación de cambio u orden social en sentido estricto tiene por parte principal justamente la estructura de clases, ¿qué otra cosa distinta o más importante designa orden social que las diferencias que atraviesan la vida social? No se puede inferir otra cosa que el concepto de clase, tal como quedó formalizado merced amputaciones y cirugía estética embellecedora de las sugestivas y contradictorias herencias weberiano-marxianas, es pura y absurdamente redundante y paralógico, autoexplicativo.

El supuesto de la coerción económica unívoca y monótona según el cual la posesión de alguno de los bienes (medios de producción, fuerza de trabajo, calificaciones, autoridad, etc.) tiende monótonamente a reproducirse es el supuesto central de todo el paradigma fundacional de la matriz weberiano-marxiana y que ha sido expresado de manera esquemática pero iluminadora por Van Parijs (1995) como "triple determinación".

Según este trabajo la ecuación fundamental de la determinación clasista está explicada en tres proposiciones:

- 1) “La distribución de Bienes estratégicos determina la distribución de Ingresos y Poder”, postula la existencia de clases;
- 2) “La distribución de Bienes estratégicos determina la Conciencia y la Acción”, postula que las clases son explicativas;
- 3) La tercera proposición es la más importante y la que revela la lógica profunda de la programática clásica: “que los bienes estratégicos distribuyan ingresos y poder determina que los bienes estratégicos determinen la acción y la conciencia”.

Esta proposición es el corazón de la axiomática fundacional¹⁰ e indica que la conciencia y la acción debe reproducir la distribución de bienes que generan asimetrías materiales. Porque a la teoría de las clases en su programática clásica solo le interesan ingresos y poder en tanto dependen del control de bienes estratégicos y solo le interesa la conciencia y la acción de las que depende el futuro de la distribución de bienes estratégicos (reproducción de las clases). O el concepto de clase no puede explicar sino la eternización y la tendencia a la reproducción de las distribuciones de bienes estratégicos y, así, no puede explicar el cambio, por lo que quedaría completamente devaluada su potencia y alcance o, si explica el cambio, entonces las distribuciones de partida no generan forzosamente efectos reproductivos y no reproducen monótonamente las distribuciones de partida. No se puede tener la torta y comerla. No se puede plantear amplios alcances explicativos del orden y el cambio y pensar que un dispositivo conceptual circularmente reproductivo puede llevarlo a cabo. Es claro que el razonamiento que va del orden al orden, no explica el cambio pero tampoco el orden ya que de esta forma el orden consiste en ... ¡mantener el orden!. En definitiva, en la lógica del canon clásico la conciencia y la acción están esclavas de los bienes estratégicos, y el esquema de determinación roza la tautología y la petición de principio ya que ingresos, poder, conciencia y acción son meros mediadores de la estructura de la distribución de bienes. Un concepto así solo puede explicar la estabilidad y la perpetuación, pero está inhibido de entender el cambio y la movilidad, además que deja en un extraño cono de sombra los procesos de conversiones entre tipos de bienes. Las clases se reproducen generalmente no replicando las distribuciones de partida sino diversificando y alterando

¹⁰ No es como se piensa comúnmente el simple encadenamiento: Bienes >> Ingresos/Poder >> Conciencia y Acción, sino (Bienes >> Ingresos/Poder) >> (Bienes >> Conciencia y Acción) (Van Parijs, 1995: 192 y ss).

el carácter estratégico de los bienes. La deducción de intereses que buscan la apariencia de "objetividad" al atarlos a la distribución desigual de bienes específicos, que se presentan como "estructurales" en el sentido que tienden a reproducir la misma distribución que les da origen, debe ser desechada. No hay modo de explicar la movilidad y las tendencias a convertir un tipo de capital en otro (típicamente, fuerza de trabajo por propiedad o propiedad económica por educación y cultura, propiedad productiva por propiedad financiera, etc.) ni tampoco la necesidad perpetua de jugar posiciones en los campos de la política, la cultura, etc. Esta programática de base prolonga un equívoco: buscan un nivel preclasista que fundamente la clase, un principio explicador de la clase que al mismo tiempo la haga explicativa.

HACIA LA RADICALIZACION DE LA SECULARIZACION DEL CONCEPTO

El carácter moderno secular de la visión de lo social se cifra en el principio de renunciar a todo orden trascendente de explicación o causación de la vida social (Touraine, 1994). Los fundamentos del orden no pueden ser ya regidos por principios extrasociales. Este principio está formulado genialmente por Marx como "la terrenalidad de la verdad" que consagra en las Tesis sobre Feuerbach y también en su rechazo juvenil del idealismo hegeliano. Pero si lo secular "intramundano" es tomado como ley secreta de la acumulación, el mercado, "la historia", entonces la inteligibilidad se cifra en lo "submundano", es decir, lo único que ocurre conceptualmente es que un orden "trascendental" suprasocial se reemplaza por otro orden "trascendental" subsocial. El trascendentalismo no cambia porque cambia de lugar, no hay menos trascendentalismo porque venga de "abajo", solamente es más solapado, más oculto, más difícil de descubrir. La secularización, la modernidad teórica, exige que el orden explicativo no pueda estar en un plano lógico y epistémico distinto del orden explicado: cambiar un orden supramundano religioso por otro submundano profano no garantiza este sano imperativo de homeomorfismo teórico de no hacer trampa cambiando los planos entre *explanan* y *explanandum*.

La noción de clase que emerge semisecularizada coloca al hacer como subsidiario del tener (las distribuciones de partida). Pero si el tener no es conceptualizado desde el hacer, entonces es imposible completar la secularización del concepto y hay un trascendentalismo mal disimulado: la vida social se entiende desde la propiedad y no la propiedad desde la vida social. Es que las propiedades estratégicas de los bienes son deducidas no de las acciones, las prácticas, las luchas, las creencias o el hacer humano concreto sino de un plano de inteligibilidad previo, resuelto *ex ante* a todo ello. La

relación del hombre con las cosas (el tener) no está así completamente secularizada, hay un residuo decisivo de sujeción a una objetividad anterior al hombre mismo y, por tanto, correspondiente a un orden de las cosas falazmente secularizado. De última, como en alguna carta decía Engels: la historia es el producto deliberado o no de las acciones de los hombres, no hay otras fuerzas, ni grandes naciones, ni grandes riquezas, ni grandes ideas, solo lo que los hombres hacen con todo ello y sus consecuencias.

Una reformulación secularizadora del concepto de clase supone que ningún tipo de propiedad es estratégica en sí misma, porque eso sería deducir su carácter de un orden de inteligibilidad trascendental. Por tanto el carácter de una posesión, su valor, su eficacia, su "poder" constitutivo del lazo social, solamente pueden analizarse en su inscripción en luchas, tensiones, oposiciones, conflictos y resistencias. En realidad lo que debería ser la piedra angular de una teoría de las clases no son las condiciones objetivas independientes de la voluntad (la famosa formulación de Marx del "Prefacio") como generadoras de diferencias, antagonismos y asimetrías sino lo que los hombres hacen o intentan hacer con ellas por las consecuencias que traen para la diferenciación y la construcción del "otro" en la sociedad capitalista moderna que el concepto de clase viene a tratar de iluminar. ¿No es en la lucha, en el conflicto, en la confrontación, donde se pone en blanco sobre negro las "objetividades" en danza, o la objetividad se puede deducir trascendentalmente de un orden real legaliforme positivo (mercado, capital) o de universos de sentido (en el weberismo) independientemente de lo que obren mujeres y hombres? En las teorías débil o deficientemente secularizadas el "otro" tiende a convertirse en un "efecto de estructura" (Poulantzas, 1985) en portadores de atributos derivados del orden de inteligibilidad que los preexiste. El "otro" resulta de una objetividad que está resuelta a espaldas del sujeto de manera presocial en vez de ser un momento interno a la acción misma. Aquí hay un argumento de corte epistemológico adicional para darle la razón a Foucault que veía con razón al clasismo marxista como variante del racismo. ¿Qué diferencia hay entre generar la otredad y la diferencia desde la sangre o una divinidad y desde una ley económica o desde el derecho de propiedad?, si en ambos casos la diferencia se genera a espaldas de los sujetos y en campos de inteligibilidad fuera de su alcance, ajenos a sus propias acciones y prácticas.

Si el paradigma fundacional realizado sobre la compactación forzada de los contradictorios y muchas veces confusos e irresueltos desarrollos de los textos de Marx y Weber adolece de una deficiente secularización, es en los mismos padres fundadores donde se puede buscar la inspiración y los elementos primarios para trascenderla, para

reimpulsar el concepto. Abreviar en los clásicos es la forma de salir de la trampa en que los canonizadores los terminaron convirtiendo mediante el expediente de la supresión de tensiones y contradicciones. Trabajando sobre las tensiones, las contradicciones y las incongruencias es que podemos encontrar una serie de pistas que nos encaminen en la dirección deseada: que no puede ser otra que nuevas contradicciones e irresoluciones. En cierto sentido, la secularización de la lectura de los clásicos es condición previa para secularizar la categoría de clase. Parafraseando al misterioso padre de la patria mexicano, el cura Miguel Hidalgo, “Se reza de rodillas, pero la Biblia hay que leerla de pie”. Al “Capital” y a “Economía y Sociedad” hay que leerlos de pie.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

Bottomore, T. y R. Nisbet (1988): *Historia del análisis sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.

Burris, Val (1995): “La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases” en Caravaña, J. y De Francisco, A. (comp.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias.

Dahrendorf, Ralph (1979): *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, RIALP, Madrid.

Furbank, Phillip (2005): *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

Giddens, Anthony (1981): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza, Madrid.

Gómez, Marcelo (2014a): *El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales*, Ed. Biblos, Buenos Aires.

(2014b): “Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau” en *Revista Utopía y Práxis Latinoamericana*. Revista Internacional de Filosofía y Teoría Social, Año 19, N° 64, Universidad de Zulia, Venezuela, 2014, pp 67-82.

Kautsky, Karl (1969): *Las tres fuentes del marxismo La obra histórica de Marx* <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1907/lastresfuentesmarxismo-kautsky-1907.pdf>

(1971) *The Class Struggle* (Erfurt Program), W. W. Norton Ed., New York.

de Tocqueville, Alexis (2004): *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Ediciones AKAL, Barcelona.

Laclau, Ernesto (2000): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Lee, D. y Turner, B. (comp.) (1996): *Conflicts about Class*, Longman, New York.

Lipset, S. y Bendix, M. (1952): *Classes, estatus and power*, Glencoe Free Press, New York.

Makarov, A. y otros (1965): *Manual de materialismo histórico*, Cartago, Buenos Aires.

Marx, Karl (1975): *Miseria de la Filosofía*, Siglo XXI, Mexico.

- (2002): “Las clases sociales” en *El Capital*. Libro 3, Cap. LII, Siglo XXI.
- (1978): “Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel” en *Obras de Marx y Engels*, Grijalbo, OME 5, Crítica-Grijalbo, Barcelona.
- Marx, Carlos y Engels, Federico (1971): *La Ideología Alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- Milliband, R. (1994): “Análisis de clase”, en Giddens, A. y J. Turner, *La teoría social hoy*, Alianza Universidad, Madrid.
- Nisbet, Robert (1977): *La formación del pensamiento sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Ossowski, Stanislaw (1969): “La síntesis marxista” en *Estructura de clases y conciencia social*, Península, Barcelona.
- Pakulski, Jan (2007): “Foundations of a post- class analysis” en Erik Ohlin Wright (ed) *Approaches to Class Analysis*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 152-179.
- Parkin, Frank (1984): *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe.
- Poulantzas, Niclas (1985): *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.
- Przeworski, Adam (1988): “El proceso de formación de clase” en *Capitalismo y Socialdemocracia*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, pp. 61-116.
- Touraine, Alain (1994): *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Van Parijs, Philippe (1995), “Una revolución en la teoría de las clases” en Julio Caravana y Andrés de Francisco (comp.) op. cit. pp. 187-226.
- Weber, Max (1974): “Clases, estamentos y partidos” en *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, Tomo I, pp. 242-246, y “Estamentos y clases” en op. cit., Tomo II, pp. 683-685.
- (1972): “Clase, status, partido” en *Ensayos de sociología I*. Barcelona, Ed. Planeta, pp. 145-166
- Wright, Erik (ed) (2005): *Approaches to Class Analysis*. Cambridge, Cambridge University Press
- (1996): “The continuing relevance of class analysis”, en *Theory and Society*, N° 25, pp. 693-716.